

# Curzio Malaparte

## EL VOLGA NACE EN EUROPA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

CURZIO MALAPARTE  
EL VOLGA NACE EN EUROPA  
seguido de EL SOL ESTÁ CIEGO

Traducción de Juan Manuel Salmerón Arjona

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *Il Volga nasce in Europa, e altri scritti di guerra*

1.ª edición: octubre de 2015

© Eredi Curzio Malaparte, Italia

© de la traducción: Juan Manuel Salmerón Arjona, 2015  
Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-176-5  
Depósito legal: B. 17.939-2015  
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.  
Impreso por Romanyà-Valls, S.L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El Volga nace en Europa	
<i>Guerra y huelga</i> .....	11
Libro primero. Por qué Rusia	
Los cuervos de Galati .....	19
La guerra roja .....	25
Obreros soldados .....	29
En la otra orilla del Prut .....	35
Técnica y «moral obrera» .....	42
Miradles bien la cara a estos muertos .....	51
Granja roja .....	59
Los caballos de acero .....	70
Aquí está el Dniéster .....	77
Ucrania, tumba del trigo .....	84
Espectros .....	89
Los hipopótamos del Dniéster .....	98
Campo de batalla soviético .....	106
La fuga de los muertos .....	113
El vivac negro .....	121
Dios vuelve a casa .....	128
Polvo y lluvia .....	137
Libro segundo. La fortaleza obrera	
<i>El asedio de Leningrado</i> .....	149
Allí arde Leningrado .....	152
Las voces del bosque .....	156
Muchachos de uniforme .....	164

Ciudad prohibida .....	170
La acrópolis obrera .....	178
La bandera roja del <i>Aurora</i> .....	187
Prisión de barcos .....	194
La sangre obrera .....	203
Una tumba en las afueras de Leningrado .....	208
Ángeles, hombres y bestias en los bosques del Ládoga .....	217
Con el «hombre muerto» en el inmenso bosque .....	228
Máscaras de hielo .....	239
Como el patio de una fábrica tras una huelga fallida .....	247
Hasta la vista, Leningrado .....	254
El sol está ciego	
<i>Declaración necesaria</i> .....	263
I .....	267
II .....	272
III .....	277
IV .....	283
V .....	287
VI .....	293
VII .....	297
VIII .....	301
IX .....	308
X .....	315
XI .....	323
XII .....	331
XIII .....	335
XIV .....	344
XV .....	350
XVI .....	356
<i>Nota bibliográfica</i> , de Enrico Falqui .....	365

## Los cuervos de Galati

*Galati, 18 de junio de 1941*

Galati aflora de la laguna, entre los ríos Prut y Danubio, y respira olor a barro, a pescado, a caña podrida (en estos húmedos atardeceres de junio, el lánguido olor del limo impregna las hojas de los árboles, el pelo de las mujeres, las crines de los caballos, las largas túnicas de terciopelo de los *scopzi*, los cocheros de la famosa secta rusa de eunucos cuyo último refugio, cuyo último templo, es Galati). De Braila a Galati, a Sulina, a los montes de Dobruja, el gran delta del Danubio es un inmenso centelleo de aguas. Las inundaciones de esta primavera han convertido la región en una gran ciénaga. La plana llanura valaca ondea en este punto como un gran toldo agitado por el viento, se eleva aquí y allá, con cansadas ondulaciones de tierra amarilla, sobre los interminables pantanos, para luego posarse entre suaves pliegues, formando una especie de orilla curva, una leve cuenca, donde se tiende el lago de Bratesc en medio de una perenne bruma transparente, azulada.

Galati surge a orillas de esta cuenca, en el vértice del triángulo formado por el Danubio y el Prut, que se encuentran un poco más abajo de la ciudad. Los montes de Dobruja, allá en el horizonte, apuntalan este paisaje fluido, de casas bajas, de ciénagas, de neblinas, y, vistos de lejos, parecen los montes Tifata que dominan Capua, tienen la misma evanescencia azulina, los mismos matices verdosos, la misma inocencia romántica y delicada. Y a ratos desaparecen, se desvanecen en el horizonte, dejando un recuerdo vago y triste, algo femenino en la atmósfera melancólica.

(Entre la Rusia soviética y mi habitación de hotel sólo media la corriente del Prut, un río de aguas mansas y amarillas que aquí, cerca de la desembocadura, se ensancha formando casi un lago, un inmenso estanque de aguas turbias, el Bratesc, en cuyas márgenes limosas crecen aquí y allá verdes cañaverales y juncas. El Prut lleva días extrañamente desierto: no surca sus aguas ni un remolcador, ni una gabarra, ni siquiera una barca. Sólo algún que otro bote pesquero se mece en la orilla rumana, movido por perezosos remolinos de fango. Pero cuidado con alejarse de la orilla, con hacerse río adentro: los rusos disparan. De noche, los centinelas soviéticos abren fuego al menor murmullo, al más mínimo crujido: el leve rumor que de vez en cuando hacen las aguas del Prut al batir en la orilla basta para alertarlos.)

A simple vista, desde la ventana de mi habitación, se ven las casas de la orilla rusa, los almacenes de madera, el humo de algún remolcador atracado en el puerto fluvial. Por la carretera que bordea el río se pueden distinguir, con la ayuda de unos prismáticos, grupos de gente, soldados quizá, columnas de camiones, patrullas de caballería. Por la noche, la orilla soviética se ve negra y ciega. Parece que la noche comience allí, en la otra orilla, que desde allí se alce dura y lisa como un muro negro frente a la orilla rumana, que brilla con mil luces. Al amanecer, la orilla soviética parece un párpado abatido que poco a poco se abre, derramando por el río una mirada pálida, apagada, extraordinariamente triste e inquietante.

En los senderos de los parques de Galati bandadas de niños juegan a perseguirse, grupos de gente apoyada en la balaustrada del mirador, que cae a pico sobre un terreno rojizo y pantanoso cortado de través por el terraplén del ferrocarril, observan la orilla rusa con una mano sobre los ojos a modo de visera: allí, al otro lado del Prut, una columna de volutas de humo azul se eleva de las casas de Reni, se disipa perezosamente en el aire polvoriento. (Dos días más, quizá un día más, sólo unas pocas horas.) Voy en coche hacia el puente de Reni y me sorprendo mirando el reloj del ayuntamiento.

Me llega un olor fuerte, un olor cargado y violento, procedente del Bratesc. El hedor de algún cadáver hundido en el

fango. Grandes moscas verdes y azules, de alas irisadas de oro, zumban alrededor, insistentes. Un destacamento de zapadores rumanos está instalando una mina para volar el puente que comunica la orilla de Galati con la orilla soviética de Reni. Los soldados hablan en voz alta y ríen. El agua turbia del Bratesc ilumina con reflejos amarillos un paisaje agónico, perezoso y evanescente, un paisaje putrefacto. La guerra inminente se percibe como una tormenta suspendida en el aire, como algo más allá de la voluntad humana, casi como un hecho natural. (Aquí Europa está ya fuera de toda razón, de toda arquitectura moral: es sólo un pretexto, un continente de carne putrefacta.) En el extremo del puente del lado de la Unión Soviética, se alza un rústico arco triunfal soviético, coronado por el trofeo ritual de la hoz y el martillo. Sólo tengo que cruzar el puente, dar unos cientos de pasos, para salir de esta Europa, para atravesar la frontera de la otra Europa. De una Europa a la otra apenas hay un paso. Pero es mucho más largo de lo que parece.

No hay duda de que en este paisaje se respira algo incierto, provisional. El aspecto mismo de la ciudad, que el terremoto de noviembre redujo a escombros, da la sensación de un mundo efímero, de una humanidad frágil. Hay muchas casas derruidas, casi todas muestran heridas profundas: a unas les falta el techo, a otras una pared, a otras la fachada; a éstas se les han derrumbado los balcones, a aquéllas se les han abierto anchas grietas por las que se entrevén los interiores burgueses, los suelos cubiertos con alfombras turcas, las camas vienesas, las horribles oleografías con que se tapizan las paredes de las casas orientales. Cerca de la Brascioveni hay una calle entera con todas las fachadas desmoronadas; se ve a la gente moverse detrás de biombo de tela o de papel, como en un escenario, ante un público ruidoso e indiferente. Parece una escenografía de Piscator. Los puntales que sostienen las fachadas y los flancos de las casas forman a lo largo de las aceras una especie de pérgola oblicua, bajo la cual gentes de todas las razas e idiomas gritan, se empujan, corren, se coagulan en grupos fugaces, en tumultos repen-



tinios. Los callejones que conducen al puerto, en las inmediaciones de la calle Coronel Boyle, aún están llenos de escombros. Entre esos escombros, bajo esas pérgolas oblicuas que forman los puntales, entre esas paredes tambaleantes, surcadas de grietas profundas, ante el escenario de esas casas sin fachada, una muchedumbre de griegos, de armenios, de gitanos, de turcos, de judíos, hormiguea en medio de una nube de polvo amarillo, en medio de un clamor de voces roncas, de gritos, de risas, de chillidos, de canciones de gramófono, en medio de ese olor a orina de caballo y a aceite de rosas que es el olor del levante, el olor del mar Negro.

Cientos de cafés, perfumerías, barberías, quincallerías, escaparates de *croitori*, pastelerías, consultas de dentistas ocupan las aceras de las calles. Los barberos griegos de cejas negras pobladísimas, con la tez cetrina surcada por un bigotazo negro atusado con brillantina; los *coafor* de señoras con una espesa melena del color de la pez rizada con tenacillas, formando arquitecturas barrocas; los pasteleros turcos con las manos chorreando manteca y miel, con los brazos cubiertos hasta el codo de trocitos de almendra y polvo de pistacho; los perfumistas, los zapateros, los fotógrafos, los sastres, los estanqueros, los dentistas, todos lo saludan a uno con voz cantarina, con gestos solemnes, con profundas reverencias. Todos lo invitan a uno a entrar, a sentarse, a dejarse peinar, afeitar, hacer la permanente, depilar, teñir, perfumar, a probarse trajes, zapatos, sombreros, bragueros, gafas, dentaduras, mientras el café turco hierve en las cazuelitas de cobre bruñido y los vendedores de periódicos vocean los titulares del *Actiunea* o recitan los últimos comunicados sobre la *situatia pe fronturile de lupta*, y filas interminables de mujeres peludas, maquilladas, con permanente, van y vienen por las aceras delante de las mesas de los cafés llenas de gordos levantinos despatarrados, como en los dibujos de Pascin, que era de Braila.

Como aún es pronto para almorzar en Suré, salgo de la *cofetaria* griega de Manzavinato y bajo al puerto por la larga Domneasca, que es la calle mayor de Galati. El chirriar agudo de las ruedas de los tranvías de la calle Brascioveni hace temblar los cristales de las ventanas; los coches de los *scopzi*, tirados por

pares de caballos lustrosos y jadeantes, pasan al galope levantando nubes de polvo. (El *scopez* en el pescante, envuelto en su larga túnica, la cara de eunuco lisa y chupadísima, casi diría que de una delgadez flácida.) Bandadas de perros y de niños corren de acera en acera, y yo paso por debajo de letreros de tiendas escritos en hebreo, en armenio, en turco, en griego, en rumano. Hasta que llego a la calle del puerto.

El Danubio baja crecido por las lluvias, grandes gabarras se mecen atracadas en los muelles. Bordea el puerto una especie de interminable fachada de casuchas bajas, semiderruidas por el terremoto, sostenidas con puntales. Las más ricas son de ladrillo, hay otras de tierra y cal, las más míseras son de adobe. En las plantas bajas se ven almacenes oscuros, donde se acumulan barriles de pez, de alquitrán, de pimienta, de sulfato de cobre, de pescado seco, de uvas pasas, de especias de todas clases: los amos y señores de este vasto comercio de género colonial son los griegos. Flacos y morenos, o gordos y pálidos, están de pie a la puerta de los almacenes, con los brazos cruzados, un cigarrillo colgándoles del labio inferior, con sus pobladas cejas negras sobre la mirada opaca, sobre su larga nariz aguileña, huesuda, de rojas aletas palpitantes, vivas y delicadas en su tez color sepia.

En el Badalán, el barrio portuario, reina la agitación de siempre. La orilla del río bulle de soldados. Una compañía de veteranos está descargando bueyes, balas de heno, sacos de cereales, pilas de leña, de unas gabarras. Son viejos soldados de cabello blanco. Van y vienen de las gabarras al muelle, suben y bajan de las pasarelas, como insectos amarillos. En la cubierta de una de las gabarras hay unas mujeres (llevan sombrillas de seda, verdes, amarillas, rojas) sentadas en corro, comiendo dulces. Son las mujeres de los capitanes, de los pilotos, de los patrones de los barcos. La escena es vívida y amable: esos soldados amarillos inclinados bajo el peso de cajas y sacos, esas mujeres en cubierta, esos colores chillones y esos gestos lánguidos en medio del viento del río, cuajado de brillantes larvas de insectos.

En la orilla, junto al cercado de los bueyes, hay unos soldados preparando el rancho. Son soldados jóvenes, ríen, unos pelean ajos, cebollas y patatas, otros echan judías a las ollas, otros

untan con tocino las grandes sartenes, otros rebanan la carne que van a freír. La sopa de judías borbotea en las ollas. Un capitán vigila a los cocineros y de vez en cuando mira con indiferencia al puerto, a las mujeres sentadas en la cubierta, a los bueyes, a la orilla rusa, allá lejos, al otro lado del lago de Bratesc. Más allá se alza la fundición Titan-Nadrag-Calan, que un soldado custodia con la bayoneta calada.

Inmensas nubes de humo negro salen por las romas chimeneas de los hornos y envuelven el puerto, las casas, las personas, los bueyes, las embarcaciones. Por momentos parece que el puerto arda, que todo el barrio del Badalán sea pasto de las llamas. Se ven soldados persiguiendo bueyes sueltos, caballos que corren sin carga ni jinete. Un tren de mercancías, silbando una y otra vez, maniobra en la estación, destruida también por el terremoto. En el barrio del Badalán todo está pintado de azul: ventanas, persianas, puertas, verjas, barandillas, letreros, incluso las fachadas de las casas. A orillas de este río pálido, prácticamente blanco, casi resulta un recuerdo insolente del mar.

En unos almacenes de grano, cerca de la fundición, veo a un grupo de soldados y de obreros mirando un cartel que acaban de pegar a la pared. Es un bando en el que el gobierno anuncia la condena de Horia Sima y de los demás jefes legionarios a trabajos forzados de por vida. Están quietos delante del cartel como si contemplaran un cuadro. Me pregunto si sabrán leer. Tienen los ojos apagados, el semblante inerte: no, no saben leer. De pronto un soldado se echa a reír, los demás empiezan a hablar. Hablan de los precios de requisa del ganado y de la guerra inminente. En el camino de vuelta, veo que del Bratesc se eleva una nube oscura. Es como un inmenso manto negro que cubre el río, el puerto, la ciudad: una bandada de cuervos. Las fúnebres aves pasan por encima de los tejados graznando tristemente. Subo por la calle Brascioveni. De repente, en la acera, entre la gente, cae algo del cielo. Nadie se detiene, nadie se vuelve. Me acerco y miro. Es un trozo de carne podrida, que un cuervo ha dejado caer del pico.